

ESCENA PRIMERA

Octavia.—Sabel.

OCTAVIA (*tendida en la «chaise-longue»*).

Yo no sé qué hacer entre Pedro y mi hijita. ¡Quisiera morirme! Así acabarían de una sola vez tantos sufrimientos! (*Cerrando los ojos*). ¡Si me durmiese y no despertase más!

SABEL

¡Jesús, qué señorita esta! (*enjugándose los ojos*). La oye una esas cosas, y, naturalmente, como una no es de piedra...

OCTAVIA

¡Pobre Sabel! No creas que la vida está para mí tan llena de alegrías que sienta dejarla. (*Pausa.*) ¿Cuándo dijo mamá que volvería?

SABEL

No marcó hora, señorita. Dijo que en cuanto pudiese.

OCTAVIA

¡Qué mal hice en dejar que se llevase á la niña! ¡Si no os hubiera hecho caso! ¡Yo me vuelvo loca sin mi hijita!

SABEL

¿Sabe lo que debe hacer? No pensar en esas cosas. ¿Quiere tomar la cucharada para la tos?

OCTAVIA

¿Qué hora es?

SABEL

No le sabré decir.

OCTAVIA

¿El señorito dónde está?

SABEL

Hace un momento estaba en la sala grande.

OCTAVIA

¿Qué hace?

SABEL

Pues no debe hacer nada.

OCTAVIA

¿Tiene luz?

SABEL

Se la llevé y no la quiso.

OCTAVIA

¡Jesús! ¿Qué gusto encontrará en estar siempre á obscuras? ¡Para mí es una cosa tan triste!

ESCENA II

Octavia.—Sabel.—Pedro.

PEDRO (*por la derecha*).

Te he oído toser. ¿Quiéres tomar ahora el jarabe?

OCTAVIA

Bueno.

PEDRO

Siempre te calmará un poco.

OCTAVIA

¡Es tan poco!... (*Pedro coge un frasco que hay sobre la mesa.*) Déjalo, después lo tomaré.

PEDRO (*devolviendo á Sabel la cuchara*).

Ten, Sabel.

OCTAVIA

¿Ya me dejas sola?

PEDRO

Sí.

OCTAVIA (*mimosa*).

Tú estas ofendido conmigo. (*Vase Sabel, después de poner el frasco en su sitio, y arreglar y ordenar los demás botecillos y cajas de drogas.*)

PEDRO

No. ¿Pero qué hago yo aquí?

OCTAVIA (*con reproche*).

Estar á mi lado.

PEDRO (*con tristeza*).

Si ya no soy nada para ti.

OCTAVIA

Ven acá. No me disgustes.

PEDRO

¿Qué quieres?

OCTAVIA (*asiéndole las manos*).

¡Estas manos, estas manos queridas, no deben cerrar mis ojos! (*Con resignación*). Pedro, si ha de separarnos la muerte, separémonos nosotros...

PEDRO

No llores, Octavia. ¡Deseas que me vaya, me iré!

OCTAVIA (*despavorida*).

¡Irtel! ¿Pero es verdad que me muero? ¿Tú también crées que me muero?

PEDRO

No, Octavia, no.

OCTAVIA

Me sobra valor para saberlo todo. ¡Es preciso que lo sepa!

PEDRO

En cuanto salgamos de Madrid, verás qué buena te pones.

OCTAVIA

Puede ser que me engañes; pero, la verdad, yo me encuentro hoy mejor que nunca. Mira, dame de encima del velador *La Moda Francesa*. Trae dos trajes de playa elegantísimos. Y de poco dinero, no creas. Ya verás. ¿Te parece que me encargue uno? El que á ti te guste más. Cuál te gusta más, ¿este?

PEDRO

Y el otro; te encargas los dos.

OCTAVIA (*conriendo*).

Bueno; uno me lo regalas tú. Siéntate aquí á mi lado. (*Pedro se sienta. Suena la campanilla.*)

PEDRO

Lllaman.

OCTAVIA (*contrariada*).

Debe ser mamá.

PEDRO (*tristemente*).

¿Ves cómo no puedo estar á tu lado? (*Medio mutis.*)

OCTAVIA (*llamándole*).

¡Pedro! Dime que es para ti una pena muy grande.

PEDRO (*con tristeza*).

¡Tú no lo sabes! (*Acercándose á Octavia, y besándola con pasión.*)
¡Adiós! ¡Adiós!

OCTAVIA (*viéndole salir*).

¡Mi vida! (*Pedro sale por el foro. Octavia permanece breves momentos llorando, cubiertos los ojos con un pañuelo.*)

ESCENA III

Octavia. — Sabel.

OCTAVIA (*á Sabel, que entra por la derecha*).

¿Y mamá?

SABEL (*con misterio*).

No era la señora.

OCTAVIA

¿Quién era?

SABEL

El Padre Rojas, que quiere hablar con el señorito.

OCTAVIA (*apenada*).

¿No le ha recibido?

SABEL

Sí, señora.

OCTAVIA

¿Por qué no pasa?

SABEL

Están en la sala.

OCTAVIA

¡Ay! Me temo que Pedro haga cualquier locura. Dile que venga aquí, que le llamo yo...

SABEL (*haciendo medio mutis*).

A usted, malo si se le dicen las cosas; peor si no se le dicen.

OCTAVIA

Dame el rosario, de allí, de encima del velador. (*Sabel le da el rosario, y vase por la derecha.*)

OCTAVIA (*besando la cruz del rosario*).

¡No me abandones, Señor! ¡Ilumíname, Señor! ¡Préstame fuerzas, Señor!

ESCENA IV

Octavia. — Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD (*por la derecha*).

¿Qué tal, hija mía?

OCTAVIA

Bien. ¿No traes á la niña?

DOÑA SOLEDAD

Se la llevó Juan Manuel; pero ya la verás, no te disgustes.

OCTAVIA

¿Por qué se la dejaste?

DOÑA SOLEDAD

Porque es su padre.

OCTAVIA

¡Ya no te veré más, hija de mi alma!

DOÑA SOLEDAD

Sí la verás.

OCTAVIA

Tú no sabes que ese hombre me aborrece, tiene que aborrecerme; y aun cuando solamente sea por hacerme sufrir...

DOÑA SOLEDAD

Juan Manuel no te aborrecé. Yo misma le he contado que había estado aquí con su hija.

OCTAVIA

¡Tú!...

DOÑA SOLEDAD

Sí, yo.

OCTAVIA

¿V él qué ha dicho?

DOÑA SOLEDAD

¡Ese hombre es un santo! ¡Te ha compadecido! ¡Ha llorado por ti. (Pausa.) ¡Juan Manuel te perdona!

OCTAVIA

No es él quien tiene más que perdonar.

DOÑA SOLEDAD

¿Es posible Octavia que estés tan ciega, que hayas caído tan bajo, que ni te conmueva ni agradezcas el perdón de tu marido, de un hombre á quien tanto ofendiste?

OCTAVIA

¿Por qué me habéis casado con ese hombre sin hacer caso de mis lágrimas, sin oír mis súplicas? ¡Pero no quiero recordar, no quiero!

DOÑA SOLEDAD

Juan Manuel era el marido que te convenía. Tú has hecho su desgracia.

OCTAVIA

¡Que me hubiera matado!

DOÑA SOLEDAD

Esas son locuras, hija mía.

OCTAVIA

Si fuese un santo, como tú dices, no trataría de ensombrecer mi falta, para que su generosidad aparezca más grande.

ESCENA V

Octavia.—Doña Soledad.—Sabel.

SABEL (*por la derecha*).

Señorita, que usted le dispense, pero que ahora no puede venir.

OCTAVIA

¡Dios mío! ¿Le has dicho que yo me sentía muy mal?

SABEL

No, señora...

OCTAVIA

Pues ve á decírselo.

DOÑA SOLEDAD

¿Hablas de ese?... ¿Con quién está? Al subir le he oído vocear como un loco.

OCTAVIA

¡Ves, Sabel! ¡Lo que yo me temía! (*Vase Sabel.*)

DOÑA SOLEDAD

Pero, ¿con quién está?

OCTAVIA

¡Con el Padre Rojas!

DOÑA SOLEDAD

¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! ¿Y todavía no te convencerás de que esta vida es imposible, hija mía? Mira, vengo resuelta á llevarte...

OCTAVIA

Ahora te pido que no me hables de eso, mamá.

DOÑA SOLEDAD

Bueno, no te hablaré; pero tú debes irte acostumbrando poco á poco á la idea de abandonar todo esto...

OCTAVIA

¡Fuí tan feliz aquí!

SABEL (*por la derecha*).

Señorita, han cerrado la puerta de la sala. Yo no me atrevo á llamar.

OCTAVIA

¿Hablan muy alto?

SABEL

Ahora no, señora.

DOÑA SOLEDAD

A ver si puedes coger alguna palabra... (*Vase Sabel.*)

ESCENA VI

Octavia.— Doña Soledad.

OCTAVIA (*estremeciéndose*).

¡Qué daño me hacen estas cosas!

DOÑA SOLEDAD

¡Bueno es que empieces á conocerlo, hija mía! Lo primero es tu salud, y aquí de ninguna manera puedes recobrarla. Si Dios Nuestro Señor no fuese servido de darte la salud del cuerpo, que te conceda la del alma, hija mía, que es la más importante.

OCTAVIA (*animándose*).

Si me hallo muy bien.

DOÑA SOLEDAD (*incrédula*).

¡Ojalá! Pero, créeme á mí, debías ir pensando en disponer bien tus cosas...

OCTAVIA (*cogiendo «La Moda»*).

Naturalmente. A ver qué te parecen estos vestidos que voy á encargarme.

DOÑA SOLEDAD (*sin mirarlos*).

Sí, muy bonitos. Pero todo eso son vanidades...

OCTAVIA (*disgustada*).

¿Quieres que ande hecha una máscara?

DOÑA SOLEDAD

No; pero me apena ver que te preocupan esas pequeñeces cuando la salud de tu alma...

OCTAVIA (*sonriendo*).

¡Pobre mamá! ¡Tú me crees muy enferma!

DOÑA SOLEDAD (*con desaliento*).

No, hija.

OCTAVIA (*muy confiada*).

Pregúntale á Don José; verás cómo te dice que esto no es nada.

DOÑA SOLEDAD (*con un suspiro*).

¡Yo en los médicos tengo tan poca confianza!

OCTAVIA (*comprendiendo de pronto y abrazándose á su madre*).

¡Mamá de mi alma! Dime la verdad: ¿Tu no tienes esperanzas?

DOÑA SOLEDAD (*besando á su hija*).

La esperanza es un consuelo, hija querida. Perdóname la pena que te causa. Te quiero mucho, ¡como se quiere á los hijos! ¿Pero cómo he de ver impasible que tu alma se condene? ¡No, Octavia! ¡No!

OCTAVIA (*con desesperación*).

¡Pero yo no me muero!

DOÑA SOLEDAD (*llorando*).

¡Sí, hija mía! ¡Sí!

OCTAVIA (*suplicante*).

¡Mamá de mi alma, dime que no!

DOÑA SOLEDAD (*con cristiana entereza*).

No puedo decírtelo, hija querida. Es necesario que te arrepientas.

OCTAVIA

¿De qué he de arrepentirme?

DOÑA SOLEDAD (*sin oírlo*).

Que pidas perdón á tu marido.

OCTAVIA

¿Y Pedro?

DOÑA SOLEDAD

Tienes que olvidarle.

OCTAVIA

¡No puedo!...

DOÑA SOLEDAD

Sí puedes. Confía en la bondad de Dios. Dí ahora conmigo: ¡Santísimo Señor!...

OCTAVIA (*estremeciéndose*).

¡Qué frío!

DOÑA SOLEDAD (*solicita*).

¿Te sientes mal?

OCTAVIA

¡No! ¡No!... (*Estrecha el rosario entre sus dedos pálidos; reza en silencio y besa la cruz con gran fervor. Doña Soledad la contempla con ternura y pena.*)

DOÑA SOLEDAD

Perdóname si fui cruel...

OCTAVIA

Tú eres quien tiene que perdonarme, mamá. ¡Has sufrido tanto por mi causa! (*Le besa las manos.*)

DOÑA SOLEDAD

¡No lo sabes bien! A mis años semejante disgusto... (*Fuera suenan voces.*) ¡Calla! ¿No oyes? ¿Qué es eso? ¿No oyes?

OCTAVIA

¡Pedro! ¡Pedro!

DOÑA SOLEDAD

¡Es con el Padre Rojas! ¡Le echa de casa, Octavia!

ESCENA VII

Octavia.—Doña Soledad.—Sabel.

OCTAVIA

¿Pero echó de casa al Padre Rojas?

SABEL

Verá usted de qué manera pasaron las cosas. Va el señorito, agarra la puerta, la abre y le dice al Padre Rojas, con una voz que no parecía suya: «Por aquí se va á la calle.» (*Octavia sofoca un grito.*)

DOÑA SOLEDAD (*volviéndose á su hija.*)

¿Le defenderás todavía?

SABEL

Cerró de un portazo y se metió en la sala; luego, no sé qué repente le vino, que agarra el sombrero y sale gritando: «¡Padre Rojas! ¡Padre Rojas!» Parecía loco talmente.

DOÑA SOLEDAD

Y lo está. Esas cosas no se me diga que son de persona cuerda.

OCTAVIA

¡Llamarle!

DOÑA SOLEDAD

Octavia, no hay que perder un momento. Sabel, que avise un coche

Tú te vienes ahora mismo conmigo. (*Octavia llora en silencio, y deja hacer á Doña Soledad y á Sabel.*) ¿Lloras porque dentro de un momento abrazarás á tu hija? ¿Cuando vas á verla, lloras? ¡Vamos, hija, no te pongas así!

OCTAVIA

Mi casa querida, ¿cuándo volveré á verte? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Mi casita querida, donde he sido tan feliz! ¡Otra mujer vendrá á ocupar mi sitio; y yo me estaré muriendo lejos de aquí, lejos de todo esto que fué tan mío!... (*Abrazándose á los muebles y besándolos.*) ¡Mi casa! ¡Mi casita querida!

DOÑA SOLEDAD (*esforzándose en aparecer serena, se vuelve á Sabel entre llorosa y brusca.*)

Mira, ve á buscar el coche. ¿Dónde tiene la señorita un abrigo? (*Sabel se dirige á la puerta de la derecha. Doña Soledad entra en la alcoba; entonces Sabel vuelve, furtiva y apresuradamente, al lado de Octavia.*)

SABEL

Usted no se va; yo no aviso el coche. Sacarla á usted de aquí, es peor que matarla. (*Secando las lágrimas de Octavia.*) Y no llore, no llore.

OCTAVIA

¡Tengo que irme, Sabel! ¡Tengo que irme! (*Con un grito desesperado.*) ¡Ya sé que me muerol Tú y Pedro me habéis estado engañando. Era porque me queríais; pero si no hubiera sido por la pobre mamá, quizás habría muerto en pecado mortal. ¡A mamá tengo que agradecerse, á ella sola!

DOÑA SOLEDAD (*que sale de la alcoba con el abrigo de Octavia. Dirigiéndose á Sabel.*)

¿Ya estás tú de vuelta? ¿Cómo es eso? (*Le pone el abrigo á Octavia.*) Vamos, hija, vamos.

OCTAVIA (*con serenidad forzada. — Desfallecida de pronto.*)

¡Dame fuerzas, Dios mío!

SABEL

¿No ve usted que es matarla?

DOÑA SOLEDAD (*con imperio.*)

Tú callas ahora... (*Se dirigen á la puerta de la derecha, para salir.*)

OCTAVIA (*se desprende de su madre y de Sabel, que la sostienen.*)

¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡No os pido más que un instante. (*De un «secrétaire» saca un manojo de cartas, atadas con una cinta de seda.*)
¡Cartas queridas! ¡Adiós, Sabel! ¿Tú irás á verme alguna vez?...

SABEL

¡Alguna vez! ¡Yo me voy ahora con usted, señorita de mi alma!
(*Suena la campanilla.*)

OCTAVIA

Es él! (*Sabel sale presurosa por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII

Octavia. — Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD (*llamando á Sabel.*)

No abras!...

OCTAVIA

¡Es él! ¡Es él!

DOÑA SOLEDAD (*severa.*)

¿Te alegras?

OCTAVIA (*angustiada.*)

¡No sé! (*Se sienten pasos: Octavia corre hacia la puerta.*) ¡Pedro!
¡Pedro!...

ESCENA IX

Octavia. — Doña Soledad. — El Padre Rojas.

EL PADRE ROJAS (*jovial y bondadoso.*)

¡Calma! ¡Calma, señoras mías! Ese caballero no está aquí. Ahora queda en mi celda. Dios Nuestro Señor le ha tocado en el corazón.

DOÑA SOLEDAD (*juntando las manos.*)

¡¡¡Qué dice usted!!!

OCTAVIA (*con melancolía.*)

¡Ya no le veré!

EL PADRE ROJAS (*grave.*)

Ya no, hija.

OCTAVIA

¡Creí que me quería más! ¡Abandonarme así! ¡Ingrato! ¡Ingrato!

DOÑA SOLEDAD

¡Por Dios, Octavia! (*Al Padre Rojas*). Hace un momento era ella la primera en lamentar su extravío, en llorarlo. Cuando usted llegó nos disponíamos á salir; me la llevaba á mi casa. ¡Estaba convencida, resuelta!

OCTAVIA

Tenía una esperanza que ahora no tengo. ¡Esperaba que Pedro no se resignase á perderme!

DOÑA SOLEDAD (*severa*).

¡Octavia!

OCTAVIA

Yo, al salir de aquí, renunciaba á su amor, es verdad; pero él debía buscarme, correr á mi lado, y si le cerrabais las puertas echarlas abajo, y no separarse de mí nunca, nunca...

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia! ¡Octavia!

EL PADRE ROJAS

Déjela usted que desahogue su pena. Ese amor tan grande, que á nosotros casi nos asusta, quizá le sirva de disculpa á los ojos de Dios.

OCTAVIA (*ansiosa*).

Padre, ¿créee usted que Dios me perdonará?

EL PADRE ROJAS (*solemne*).

¡La bondad de Dios no tiene límites! (*con dulzura*.) Dentro de algunos momentos, hija mía, recibirás una visita, que espero sea para tu conciencia atormentada, bálsamo de dulcísimo consuelo.

OCTAVIA

Padre, ¿habla usted de Juan Manuel?

EL PADRE ROJAS

Sí.

OCTAVIA

¡Yo no quiero verle, Padre! ¡Libreme usted de ese tormento!

DOÑA SOLEDAD (*con reproche*).

¡Octavia!

EL PADRE ROJAS

Ahora, usted debe procurar despojarse de todo sentimiento mundano, purificar su espíritu con la oración; para un alma sinceramente cristiana, no hay consuelo tan grande como saber que sus culpas le han sido perdonadas por Dios y por los hombres. ¿Usted lo siente así, verdad, hija mía? (*Octavia solloza*.)

OCTAVIA

¡Déjenme ustedes llorar, porque si no lloro me muerol (*Se arroja sollozando en la «chaise-longue»*). *El Padre Rojas hace seña á Doña Soledad de que la deje. Ambos se alejan en silencio. Doña Soledad recoge las cartas que Octavia ha dejado caer, y se las enseña al Padre Rojas. Hablando en voz baja se acercan á la chimenea. Se sientan frente á frente; proceden á quemar las cartas, graves, silenciosos, casi solemnes. Octavia vuel-*

ve los ojos y los ve. Quiere incorporarse, y no puede. El Padre Rojas y Doña Soledad van quemando las cartas una á una, sin ver á Octavia, que, fijos los ojos en el fuego, agoniza lentamente. Oscila fúnebremente la luz de la bujía que alumbra la escena. Al espirar Octavia se apaga la luz. Doña Soledad repara en unas cartas que el Padre Rojas saca de sus sobres para que se quemem mejor.

DOÑA SOLEDAD

¡Esa letra es mía! *(Al decir esto, el Padre Rojas arroja las cartas en la chimenea. Doña Soledad mete las manos en el fuego y las coje. Leyéndolas.)* ¡Son las cartas que yo la escribía cuando estaba en el Sagrado Corazón! ¡Hija de mi alma, las conservaba! *(Vuelve la cabeza y ve á Octavia, muerta.)* ¡Octavia! ¡Octavia! ¡Hija mía querida! *(Se abraza al cadáver.)*

ESCENA ÚLTIMA

Doña Soledad.—El Padre Rojas.—Don Juan Manuel.

DON JUAN MANUEL *(un anciano de barba blanca y solemne).*

¡Muerta!





EL PADRE ROJAS

¡Muerta sin el perdón de usted, que tanto ambicionaba la infeliz!

DON JUAN MANUEL

¡Padre, usted me enseñó á perdonar, y yo la había perdonado hace mucho tiempo.

(FIN DEL DRAMA)

 A JACINTO
 BENAVENTE 
 EN PRENDA DE AMISTAD
 VALLE-INCLAN 

PQ
.A
CA
18